

PASIÓN Y MUERTE EN EL CASTILLO DEL MORRO

POR MARÍA DEL CARMEN MUZIO ZARRANZ

GÉNERO: REPORTAJE

De tan conocido y visto, en ocasiones a los habaneros les pasa inadvertido la belleza y majestuosidad del Castillo de los Tres Reyes del Morro. Emblema de postales turísticas, devenido símbolo de nuestra identidad, el Morro es para esta Capital lo que la Torre Eiffel para París. Su construcción comenzó en 1589 bajo el gobierno de Don Juan de

Texeda. Los ataques de corsarios y piratas constituían una amenaza constante para el puerto donde carenaban las embarcaciones cargadas del oro del Nuevo Mundo. Ya los españoles se habían percatado de la inutilidad del Castillo de la Real Fuerza (cuya arquitectura fue traída e implantada de la Metrópoli) por el fácil acceso de los piratas a La Habana.

Felipe II comisiona al ingeniero italiano Juan Bautista Antonelli para que trabaje en la fortificación de la ciudad. Poco se sabe de este hombre que tuvo el mérito de aprovechar la propia topografía del terreno para construir la fortaleza, y al que se le atribuye la legendaria frase, después de concluido en 1630, de que el que se adueñara de los cerros de La Cabaña, lo hacía también de La Habana. Su vaticinio quedó demostrado en 1762 con la llegada de los ingleses.

Pero Antonelli no queda sólo en nuestra historia por la construcción del Morro ni el de Santiago de Cuba, después que otras similares llevan la impronta del inquieto italiano. En 1839, un escritor cubano de los más olvidados –aunque esto ya no es raro en nuestra literatura– José Antonio Echeverría (el mártir del asalto al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957 se nombra igual) publicó la noveleta histórica **Antonelli**.

La literatura cubana está en deuda con José Antonio Echeverría. El fue quien salvó **Espejo de Paciencia**, ese poemita épico que inaugura nuestras letras, al copiar la **Historia de la Isla y la Catedral de Cuba**, del Obispo Morell de Santa Cruz, ya que con posterioridad los manuscritos del prelado se extraviaron. Este hecho ha dado lugar a conjeturas y especulaciones improbables. Lo cierto es que la novela **Antonelli**, de

este cubano abolicionista, independentista e integrante del círculo delmontino, amerita de un mayor estudio y difusión.

Como bien trasluce su título, la trama está centrada en la compleja personalidad del constructor del Morro, “*taciturno y contemplativo*” durante la fabricación de éste. El ingeniero se enamora apasionadamente del Casilda, bella criolla, quien a su vez está comprometida con el capitán Lupercio, sobrino del Gobernador.

La joven rechaza al ingeniero y se mantiene fiel a su amado, y a pesar de los consejos que le da el propio padre de Casilda: “(...) ¿cómo os contentaríais con una mujer que ama a otro y no se os entrega de buen grado?”. Antonelli, en su desesperación, no vacila en recurrir al mal, simbolizado por un habitante del barrio de Campeche que odiaba al capitán por una rencilla anterior. El italiano exacerba sus ánimos y le ofrece una fuerte suma de dinero.

La acción se prepara para el **sarao** con que se celebra la inauguración del Castillo. El campechano va preparado a cumplir su misión fatídica, pero Antonelli, después de una gran lucha interior, ha dejado que prevalezcan en él los mejores sentimientos, intención moral del autor que expresa el triunfo del bien.

El arrepentido Antonelli no logra detener al campechano que golpea al capitán y le hace perder el equilibrio desde uno de los

farallones, en su desesperación, se agarra del faldellín de Casilda. Antonelli, desesperado, se esfuerza por salvar a los dos y sólo encuentra cerca, para pedir ayuda, al indio que le responde vengativo: “(...) *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague*”. Impotente, desesperado, contempla a los amantes que se unen en las profundidades del mar.

El Castillo, engalanado y luminoso, con lo mejor de la sociedad habanera de su época danzando en sus salones resultó el trágico escenario final del triángulo amoroso.

El arrepentimiento llegó tarde para el apasionado italiano, intención moral que nos subraya el autor en su desenlace. El novelista, autotitulado cronista con el fin de hacernos real la historia, cuenta desconocer el futuro posterior de Antonelli y sobre el padre de la bella criolla Casilda nos dice que se dedicó a erigir un Convento “*por haber muchas niñas en los peligros del mundo*”.

Cuando contemplemos la solemnidad del Morro presidiendo la entrada de nuestra bahía, no sólo admirémoslo como el magnífico elemento arquitectónico y geográfico que es, sino también como la muestra de la hermosa leyenda que supo tejer sobre él para enriquecer nuestra literatura uno de los grandes preteridos del decimonónico cubano. □